

TIEMPOS DE LA POLITICA, TIEMPOS DE LA EDUCACION

Rosa María Torres

En educación, el tiempo se toma su tiempo. No caben los cortos plazos, los proyectos relámpago, las soluciones inmediatas. Más que pensar en años, hay que pensar en décadas, en etapas, en generaciones completas. Más que pensar en proyectos, hay que pensar en programas, en políticas y estrategias de mediano y largo plazo.

En educación, sembrar es asunto complejo; cosechar lo sembrado puede llevar varios años. El conocimiento toma tiempo: implica reflexión, elaboración, maduración. Hay mucho para aprender y el aprendizaje requiere etapas y procesos que no pueden violentarse. La formación docente es empresa permanente que exige sistematicidad y continuidad. El impacto de una acción educativa no se deja ver sino mucho después de concluida. El tránsito entre la pequeña experiencia piloto y su conversión en programa masivo necesita un proceso largo y minuciosamente programado. Entre el diseño del nuevo currículo y su encarnación en la práctica pedagógica de cada aula puede mediar un tiempo que pocas reformas educativas han estado en capacidad de sobrellevar con éxito. Cualquier pequeño cambio significa reordenamientos mayores. La posibilidad de cambios significativos está asociada, en fin, a un esfuerzo sostenido y prolongado, que va más allá de los pequeños límites temporales de las instituciones o las personas.

Bien se ha dicho que la educación es una inversión de largo plazo. Sin embargo, en los hechos, los tiempos de la educación no se comprenden ni se respetan. Los que cuentan son los tiempos de la política, los tiempos del poder y la autoridad. Tanto en la instancia gubernamental como no-gubernamental, en el organismo nacional y en el internacional, en el gran ministerio y en el pequeño centro privado: nuevo jefe, nuevos rumbos, borra y va de nuevo.

Es así como proyectos de gran envergadura y alto costo se piensan para durar, a lo sumo, lo que duran los períodos personales o institucionales del poder. Es así como se truncan a medio camino programas apenas iniciados, perecen sin pena ni gloria los proyectos piloto, envejecen las innovaciones, se abultan los préstamos, se desperdician los escasos recursos y, sobre todo, se malgastan oportunidades y tiempo valiosos. El cortoplacismo es el mejor cómplice de la improvisación, la débil planificación, la demagogia, la ausencia de información y comunicación, la avidez por las cantidades en desmedro de las calidades, la falta de evaluación, o bien la evaluación prematura o tardía

que no deja lecciones o que no permite recuperarlas para retroalimentar y mejorar la acción.

Cuando la política opere con una lógica diferente, teniendo en cuenta los tiempos del país antes que los tiempos del partido, la competencia electoral, la lucha por el prestigio o el poder, entonces será posible aceptar los tiempos de la educación y emprender el cambio educativo en serio, con perspectiva estratégica. Lo que cabe no es esperar, sino presionar para que esto suceda.

Incluido en: R.M. Torres, *Los achaques de la educación*, Instituto fronesis/Libresa, Quito, 1995.